NUEVAS TECNOLOGIAS Y ESCUELAS DE COMUNICACION EN AMERICA LATINA

Algunas implicaciones teóricas, educativas y profesionales.*

Raúl Fuentes Navarro**

Así como los temas del desarrollo en los años sesenta y de la dependencia en los setenta marcaron la pauta en el estudio latinoamericano de la comunicación, las nuevas tecnologías son el tema central de nuestra atención en los ochenta. Y no puede decirse que las temáticas clave de décadas anteriores hayan quedado obsoletas ni que los problemas sociales, científicos y profesionales asociados a ellas estén ya resueltos. El campo de estudio de la comunicación no parece haber acabado de expandirse y no han dejado de multiplicarse los elementos a articular en teorías y prácticas consistentes. Van quedando, no obstante, algunas certezas y claridades que muestran avances considerables en la formulación de los cuestionamientos esenciales.

La irrupción de las genéricamente llamadas Nuevas Tecnologías de Información y Comunicación en nuestras sociedades y en nuestros campos de atención, es un fenómeno complejo que demanda reflexiones críticas y acciones acertadas a gobiernos, instituciones, grupos e individuos, no sólo en lo académico o científico, sino en la mayor parte de los ámbitos de la vida social. Los impactos de las nuevas tecnologías se han hecho sentir y continuarán afectando las múltiples estructuras de la producción, de la organización social y de la cultura que conforman nuestro entorno. En esta transformación, el papel de la comunicación, esencia de la sociabilidad e instrumento multiforme de las relaciones sociales, plantea a sus estudiosos nuevos desafíos junto a problemas antiguos.

Porque el advenimiento de la Tercera Revolución Industrial, la Era Tecnotrónica o Paleocibernética, la Sociedad Informatizada, no es explicable fuera de la continuidad histórica que prolonga, modifica y reformula tendencias establecidas en las décadas pasadas y situaciones prefiguradas desde mucho tiempo atrás. De esta manera, desde la óptica de América Latina, las nuevas tecnologías de información y comunicación remiten, más allá de las innovaciones que promueven, a las condiciones de desarrollo dependiente en las que hemos vivido y en que por definición debemos ubicarlas. Las transformaciones del entorno y de las relaciones sociales que estas tecnologías inducen, tienen mucho que ver con nuestro futuro, pero también fundamentalmente con nuestro pasado.

Parece ser particularmente pertinente en América Latina enfocar el análisis del impacto de las nuevas tecnologías en relación con las desigualdades y desequilibrios estructurales que tanto interna como internacionalmente caracterizan a nuestros países. Las brechas económicas, políticas, culturales, educativas, tecnológicas y de muchos otros géneros que el desarrollo dependiente ha producido y que tienden a ensancharse cada vez más, adquieren una especial relevancia cuando se trata de asimilar críticamente las transformaciones que se nos imponen y las que intentamos promover. En este sentido, el estudio de las nuevas tecnologías no puede limitarse a uno solo de sus aspectos; es necesario partir del análisis global del contexto en el que se insertan.

Y si esto es válido para la consideración del impacto social de las nuevas tecnologías de información y comunicación, debe serlo también como punto de partida en la reflexión sobre las consecuencias de tal impacto en las escuelas de comunicación. Es evidente que como instituciones sociales, las universidades participan de las condiciones en que se desenvuelve la sociedad en que operan, y que su incidencia sobre las prácticas sociales está determinada por una gama muy amplia de factores, no sólo académicos. Las aportaciones universitarias resultan significativas en la medida en que contribuyen a la satisfacción de necesidades sociales, y por ello el tema de las nuevas tecnologías remite al cuestionamiento de las bases en que se han fincado la producción de conocimiento sobre la comunicación y la formación de profesionales del área en América Latina[1].

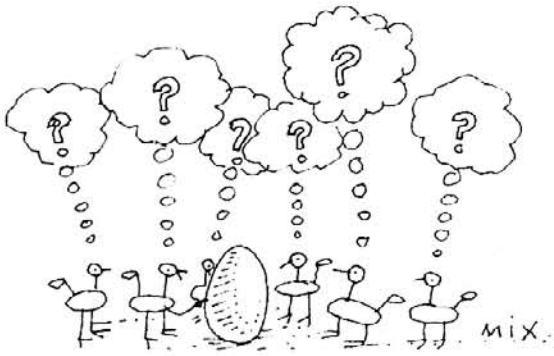
El III Encuentro CONEICC, celebrado en Guadalajara en octubre de 1984 alrededor de "La brecha tecnológica y su impacto social en la comunicación", permitió plantear, entre otros, cuatro puntos sintéticos al respecto:

* Ponencia presentada en el V Encuentro Latinoamericanosde Facultades de Comunicación Social: Nuevas Tecnologías y Enseñanza de la Comunicación, FELAFACS-AFACOM, Bogotá Colombia, octubre 6-10 de 1986.

** Director de la Escuela de Ciencias de la Comunicación del ITESO.

1. Es tarea fundamental de las escuelas de comunicación fomentar curricular e institucionalmente la investigación sobre los problemas que plantean las nuevas tecnologías, y ofrece a la sociedad los productos de esta investigación.
2. Las escuelas de comunicación deben analizar y evaluar el impacto de las nuevas tecnologías de información, y aportar desde una perspectiva crítica soluciones adecuadas a las necesidades tanto regionales como nacionales.
3. En tanto instituciones de la sociedad civil, las escuelas de comunicación deben impulsar su presencia y su voz como interlocutores ante el Estado y tratar de influir en el diseño de las políticas nacionales de comunicación.
4. A partir de un análisis prospectivo, las instituciones educativas podrán estar en condiciones de preparar desde ahora a los profesionales que necesitará la sociedad en la medida en que vayan incorporándose las nuevas tecnologías, en especial en lo que se refiere a los contenidos que éstas habrán de transmitir[2].

Pero al mismo tiempo que formulamos las metas a alcanzar, tenemos que reconocer que la operación cotidiana de las escuelas podrá orientarse hacia su apropiación y cumplimiento sólo a condición de superar problemas, limitaciones y desviaciones que la formación de comunicadores sociales padece desde su origen, y que se manifiestan en un desfasamiento creciente con respecto a la dinámica social y una notable pérdida del objeto académico en lo científico y en lo profesional[3]. Desde este marco de tensas contradicciones, el propósito de esta exposición es apuntar algunas reflexiones sobre la implantación de nuevas tecnologías de información y comunicación en América Latina y las implicaciones que se desprenden para las escuelas de comunicación en relación con el trabajo teórico, con la práctica educativa y con el ejercicio profesional.



Para una reformulación del objeto de estudio

El ancestral problema de la constitución del objeto de las presuntas Ciencias de la Comunicación ha sido y seguirá siendo todavía por mucho tiempo motivo de polémica y desencuentro, además de un factor indudable de debilidad en la fundamentación curricular de los estudios universitarios. Las diferentes temáticas y paradigmas difícilmente pueden integrarse y vincularse con prácticas consistentes sin un acuerdo sólido sobre los fundamentos teóricos y metodológicos del trabajo. Sin embargo, el surgimiento de las nuevas tecnologías es oportunidad propicia para reformular nuestros sistemas de pensamiento sobre la información y la comunicación, sobre el papel de las tecnologías en ambos procesos, y sobre el carácter de las mediaciones que se pueden identificar al respecto en el contexto de las relaciones sociales que estructuran las prácticas que estudiamos[4].

Por una parte, es ahora quizá más clara que nunca la necesidad de discriminar, a partir de la ambigua etimología del "poner en común", los procesos de transferencia y los de co-producción, y las relaciones que ambos mantienen en las diferentes prácticas sociales de comunicación. Debería ser muy clara la distinción de niveles entre la transferencia de formas (transmisión de información), y la co-producción de sentido (comunicación) que involucra, más que sistemas de intercambio informativo, a sujetos que se vinculan entre sí y se relacionan con el mundo al significar no sólo los mensajes, sino la vinculación misma, los sistemas que la median, las condiciones de participación y la identidad propia y del interlocutor.

Estamos asistiendo a una transformación de los procesos de transferencia de formas que, al incidir sobre la comunicación posible, transforma las relaciones sociales de producción del sentido. Ante esto, necesitamos saber explicar las relaciones entre los sistemas informativos, los usos que los sujetos sociales hacen de ellos y las prácticas sociales que esas mediaciones afectan. De esta manera, desde los estudios macroestructurales de la transnacionalización de la cultura hasta la indagación concreta de procesos microsociales, podrá pensarse la comunicación social a partir de modelos propiamente comunicológicos, integrables con aportes de otras disciplinas, de maneras más productivas que hasta ahora.

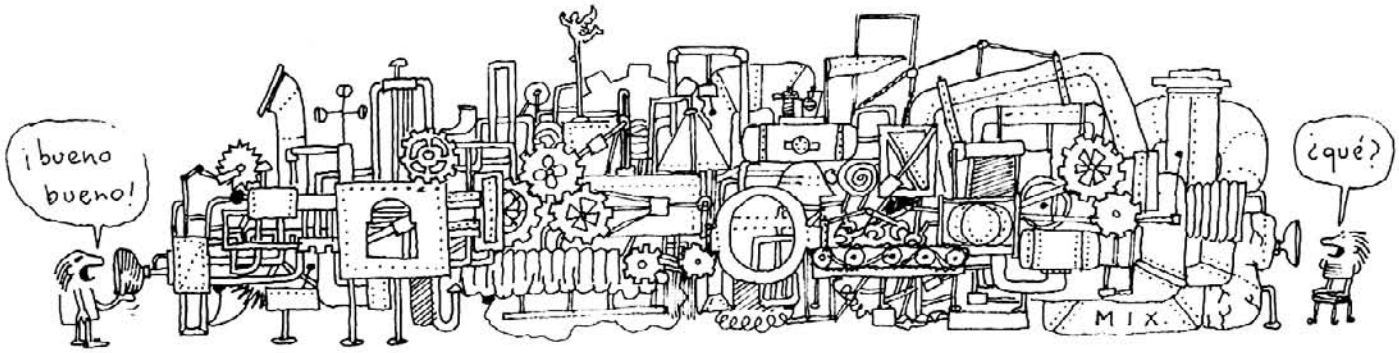
La gran escisión entre los modelos lineales y los interaccionales de la comunicación ha impedido diálogos productivos entre la ingeniería y las ciencias sociales, ha contribuido a exagerar la importan-

cia de los medios de difusión masiva en el estudio de la comunicación, y ha dispersado los esfuerzos de explicación produciendo más teoricismo que teoría; al mismo tiempo, las prácticas han avanzado en su desarrollo, dejando muy atrás el trabajo de comprensión. Así, ahora, la telemática, la robótica, la privática, la informática administrativa y doméstica, y las mismas innovaciones en las técnicas de difusión masiva o de educación, nos sorprenden como objetos extraños en las escuelas de comunicación, acostumbradas a pensar en términos simples de emisor-mensaje-receptor.

Ya sea desde corrientes cibernáticas, semióticas o materialistas, la relación entre la información —expresión material que se intercambia— y la significación —contenido cultural que se comparte— y de éstas con la acción y constitución de los sujetos sociales, es el problema teórico fundamental en el estudio de la comunicación. Si pudiéramos clarificarlo suficientemente, tendríamos mejores armas para cuestionar comunicológicamente las nuevas tecnologías.

Si asumimos que "un sujeto no se hace cognoscible o comprensible para el otro porque pasa a éste, sino porque establece con él una relación activa... el comunicarse requiere una comunidad en determinados procesos, no la mera igualdad de los productos"[5], podremos reconocer que en tanto una tecnología disponga su mediación entre sujetos o grupos sociales de tal manera que diferencie los procesos de significación propios de las funciones emisora y receptora de mensajes, en esa medida tiende a incomunicar, independientemente de que facilite la igualdad de los productos, es decir de que informe eficientemente. En tanto que separe los procesos por los cuales se produce sentido en ambos extremos del canal, separará a los sujetos que tengan acceso a cada una de tales terminales y marginará, consecuentemente, a quienes no tengan tal acceso.

Distinguir el nivel de la transferencia de información del nivel de la significación en común entre sujetos sociales, permite ubicar las determinaciones sociales que una mediación tecnológica refuerza o



Por otra parte, sabemos bien que el término "tecnología" no refiere sólamente a equipos o instrumentos, sino a soportes físicos *(hardware)*, soportes lógicos *(software)*, criterios de organización y sobre todo, a una racionalidad operativa específica que define las necesidades a satisfacer y las maneras de hacerlo, que impone usos adecuados y que, en último término, no es neutral en ningún sentido. El análisis macrosocial de las nuevas tecnologías de información y comunicación, que cuestiona esa racionalidad y sus implicaciones en el contexto general de las brechas sociales entre los productores y los usuarios, entre las diferentes clases y grupos nacionales, y entre regiones y sectores locales, debe ser complementado con el análisis propiamente comunicacional, que permita conocer cómo inciden concretamente las nuevas tecnologías en las relaciones sociales de comunicación y específicamente en sus formas de mediación, dentro de las estructuras globales.

modifica en el plano comunicacional y los impactos que sobre las brechas existentes pueden esperarse. Y si macroestructuralmente sabemos que las nuevas tecnologías se insertan en una lógica de hegemonía y dominación, de expansión de los mercados de las industrias transnacionales y de optimización del orden vigente en lo económico, político e ideológico, podemos trabajar sobre la hipótesis de que las nuevas mediaciones tecnológicas, tal como están siendo impuestas en Latinoamérica, tienden, desde la *interioridad* de los procesos de comunicación, a establecer e incrementar brechas entre los participantes, no sólo a partir del acceso diferencial a las innovaciones, sino sobre todo por la participación en el *saber hacer*, en la racionalidad impuesta, desde su *exterioridad*, al proceso de producción de sentido.

Esa hipótesis habría de verificarse metodológicamente con rigor en muchos estudios concretos, pero sugiere también la promoción de desarrollos

tecnológicos alternos, considerando que puede partirse de las necesidades hacia las soluciones, y no a la inversa como la importación indiscriminada de tecnologías suele operar en nuestros países. La adaptación al cambio tecnológico suele ser enormemente costosa y difícil; la apropiación y la generación autónoma pueden también explorarse, quizá con resultados de mayor valor social.

Una última reflexión sobre este punto: hasta ahora los grandes temas de estudio sobre la comunicación en Latinoamérica han constituído campos aislados entre sí. Es posible y necesario trabajar en la vinculación de saberes, en la articulación de sistemas teóricos más amplios en referencias prácticas y en puentes interdisciplinarios. El análisis del impacto comunicacional de las nuevas tecnologías supone relaciones muy estrechas, entre otros, con el estudio de los medios de difusión masiva, del imperialismo y la dependencia, con el Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación, con el análisis y diseño de mensajes, con las culturas populares y las redes tradicionales de comunicación, con la comunicación en organizaciones, con el desarrollo social y con la educación.

Para una reformulación de la práctica educativa

Y es aquí precisamente, en el campo de la educación donde la formación universitaria de comunicadores sociales encuentra su ubicación y desde ella la oportunidad de revisar sus fundamentos y reformular sus prácticas ante un objeto de estudio en rápida transformación, y una inercia que va agotando los ímpetus y las certezas de las décadas pasadas en América Latina[6].

Diagnóstico tras diagnóstico, los problemas de las escuelas de comunicación se han ido identificando y analizando, y ese proceso habrá de seguirse actualizando por mucho tiempo más, mientras el crecimiento y la expansión no se detengan. Pero, a lo largo de los años, al mismo tiempo que las cifras se han multiplicado asombrosamente, se han subrayado las diferencias entre las instituciones que han buscado y ensayado soluciones a los problemas y las que no lo han hecho o han sido fundadas muy recientemente. También entre las escuelas de comunicación hay brechas, en algunos aspectos abismos insalvables. Así como hay unas pocas que llevan años atendiendo los que podrían llamarse problemas *de frontera* en el estudio de la comunicación y aportan experiencias y hallazgos, en la mayoría falta mucho aún para que comiencen al menos a preguntarse sobre las cuestiones básicas.

Han quedado atrás, afortunadamente y gracias en buena medida a la labor de FELAFACS, los intentos de diseñar un curriculum modelo para toda América Latina y otras simplificaciones ingenuas. Las recomendaciones y conclusiones de eventos y diagnósticos son ahora, además de menos dogmáticas, mucho más conscientes de que la diversidad de identidades y formas de inserción social en distintas condiciones a lo largo del tiempo y del continente, hacen de la formación de comunicadores una empresa multifacética, que se concreta en diferentes prácticas, a distintos niveles, y que es ahí donde cualquier innovación debe incidir, más allá de los discursos, los documentos y las declaraciones de buenas intenciones.

La idea de entender las prácticas educativas como procesos de comunicación va poco a poco ganando consenso y el reconocimiento de que la formación de comunicadores está mediada por la propia comunicación exige una renovación de las metodologías educativas en consonancia con el desarrollo teórico alcanzado. Si la comunicación se entiende como transmisión de información, los modelos *bancarios* podrán ser innovados tecnológicamente, pero seguirán prefigurando una práctica vertical eventualmente retroalimentada. Pero si se conceptualiza como producción en común de sentido, el papel de la tecnología se integra a toda una ecología educativa —sistema de interrelaciones en que los sujetos participan activamente en la consecución de los objetivos del proyecto de formación—, constituyendo el proceso con su acción y compartiendo elementos de referencia, modelos de producción de aprendizaje y productos concretos apropiados.

El reto metodológico implícito en el "aprender la comunicación en la comunicación" no ha sido, hasta donde se sabe, resuelto todavía en ninguna escuela de una manera integral y sistemática. Hay, a pesar de ello, un buen número de experiencias confluyentes, que ante problemas e intenciones similares, aportan elementos coincidentes y señalan caminos a explorar en cualquier institución dispuesta a renovar su práctica educativa. En la reunión de Lima convocada por FELAFACS en septiembre de 1985, pudieron sintetizarse algunos de estos elementos, con un grado de consenso muy alto entre los participantes:

> Lo que se plantea es la necesidad de revisar el tipo de integración que se produce entre la universidad y su contexto, integración que ha dejado fuera aspectos como los conflictos sociales, el desarrollo tecnológico, la diversidad de matrices culturales desde donde se producen y consumen los procesos comunicativos e inclusive, el paulatino abandono, que se ha operado en la mentalidad universitaria, de la necesidad de una reflexión sobre los formatos y lenguajes que operan en la industria cultural.

> La formación en los pregrados debe proporcionar al estudiante un conocimiento de cómo funcionan los medios como resultado de un modelo configurado históricamente. En este proceso de reconocimiento, el estudiante deberá asumir la existencia de otros procesos de comunicación quese gestan en otros ámbitos y niveles y que no se agotan en su relación con el sistema comunicacional hegemónico. De esta manera, el estudiante podrá identificar las posibilidades de dar otros usos diferentes a los establecidos, recuperando para ello la creatividad y la sensibilidad en orden a una producción alternativa.
> La promoción de la creatividad plantea el reto de trabajar la investigación como estrategia metodológica del proceso enseñanza-aprendizaje. La práctica investigativa en los pregrados no se puede reducir a la aplicación de "fórmulas" de conocimiento. Es necesario que la investigación en los pregrados se piense en la producción. Esto significa entender la producción como espacio y objeto de investigación... Una estructura curricular que reponda a esta propuesta específica, tendrá que asumir la organización de un ciclo básico de aprendizjae y un segundo momento de investigación-producción[7].

La extensa cita expone sintéticamente un proyecto de reformulación de las prácticas educativas vigentes en las escuelas de comunicación, muy preciso en cuanto a orientación, pero que cabría complementar con una consideración un poco más amplia respecto a las nuevas tecnologías. El impacto de las transformaciones en los sistemas de producción, procesamiento y transferencia de información sobre las instituciones educativas y sobre los sujetos de la educación, presenta, además de la necesidad de una redefinición de los objetos de estudio y de la postura adoptada ante ellos, la importante implicación de que los propios procesos de generación, circulación y apropiación del conocimiento y la cultura tienden a ser modificados. Por ello el énfasis en la renovación metodológica, que tiene que partir de este, muchas veces imperceptible, cambio en las condiciones del aprendizaje, en los *parámetros internos* de las prácticas.

Porque las transformaciones del entorno cultural en que se ubican los sujetos de la formación universitaria, van creando una tensión creciente al nivel de la vida cotidiana entre las formas tradicionales de relación con el mundo y las nuevas mediaciones impuestas por las innovaciones tecnológicas. Está en cuestión, por ejemplo, la relación de los hábitos de lectura con la asimilación de información audiovisual y sus efectos sobre el aprendizaje en una generación que desde su nacimiento ha mantenido interacciones permanentes y muy intensas con la televisión.

El contacto cotidiano con nuevas mediaciones tecnológicas va creando estructuras perceptivas y cognoscitivas que el mundo académico no alcanza aún a asimilar. Y en este sentido, las incorporaciones diferenciales a la nueva dimensión cibernética y telemática, determinadas por las desigualdades sociales preexistentes en nuestros países, acentúan las distancias culturales y generan nuevas brechas de conocimiento.

Entonces, el reto que han de afrontar las escuelas de comunicación no se reduce a la atención de los impactos de las nuevas tecnologías como objeto de estudio a incorporar en la investigación y en la docencia, ni a la dotación de equipos para el adiestramiento técnico de los estudiantes, que ya en sí mismos son problemas difíciles de resolver. El desafío fundamental está en el diseño y adopción de metodologías que en la práctica cotidiana permitan a los sujetos en formación desarrollar habilidades cognoscitivas y técnicas, conciencia de los valores de diversos tipos de contenidos, actitudes y criterios éticos apropiados para desempeñar con solvencia ejercicios profesionales más eficaces en la satisfacción de las necesidades comunicacionales de las formaciones sociales en que viven.

Para una reformulación de los ejercicios profesionales

Esta exposición no quedaría completa sin explorar algunas de las condiciones en que la formación universitaria incide sobre la práctica de los comunicadores profesionales. Es evidente que los perfiles profesionales elaborados como metas a alcanzar por los diseños curriculares; la interrelación de las expectativas, intereses y capacidades de los estudiantes con las prácticas educativas universitarias, y las tendencias que las prácticas profesionales de los egresados van marcando en la sociedad y afectando de diversas maneras a las instituciones que hacen seguimiento sistemático de ellas, son vínculos concretos entre las acciones formativas y sus productos, nexos de fundamental importancia entre la universidad y su contexto social.

En este sentido, resalta nuevamente la carencia de información concreta en las escuelas de comunicación sobre las condiciones en que sus egresados se insertan en las estructuras profesionales y los desfasamientos que ocurren entre los programas académicos y las tendencias del ejercicio real en diversos ámbitos sociales[8]. Los estudios de seguimiento de egresados y la investigación de la profesión como estructura social son ingredientes indispensables de los procesos de recuperación de las posibilidades de integración de la práctica educativa con la satisfacción de necesidades sociales y de renovación del sentido de las escuelas de comunicación.

No obstante, desde la perspectiva universitaria, cabe indagar sobre los ejercicios profesionales con base en dos criterios hipotéticos: primero, que las prácticas de los comunicadores universitarios no

están determinadas directamente por la formación académica cursada, y segundo, que las prácticas profesionales no pueden entenderse cabalmente limitando el análisis a las condiciones de los mercados de trabajo. Tanto la creencia de que las actividades escolares podrán ser reproducidas exactamente en el desempeño laboral, como la de que hay que ajustar los programas a las demandas de los empleadores, han sido obstáculos importantes para el avance en los modelos educativos, en la consecución de los objetivos de formación declarados, en la satisfacción de necesidades sociales prioritarias y en el desarrollo mismo de la profesión.

La innovación tecnológica impacta directamente sobre las condiciones laborales de muchos comunicadores al dejar obsoletos ciertos saberes técnicos, pero el desplazamiento de las operaciones anacrónicas y de los trabajadores limitados a su dominio es sólo un aspecto de la transformación en curso. Más importante, en términos de la planeación prospectiva de la formación universitaria de comunicadores sociales, es la previsión y atención prioritaria a las nuevas funciones profesionales que el comunicador podrá y deberá desempeñar. Entre las muchas anticipaciones que en los países desarrollados se han planteado a este respecto, destaca el papel que Armand Mattelart asigna a los mediadores de las nuevas tecnologías en el contexto de la democratización de los sistemas comunicacionales:

> El, o ella es, al mismo tiempo, un experto que domina la nueva técnica y el lenguaje asociado a ella; un intérprete, quien sobre la base de las posibilidades técnicas y de las aspiraciones sociales, bosqueja y estructura el campo de aplicaciones posibles; y finalmente, un pedagogo, que a través de la capacitación de otros, desmistifica la innovación para que pueda ser apropiada por los usuarios[9].

Queda claro que no es sólo con cables, lentes y hojas de papel con lo que trabaja un comunicador, sino con significaciones, valores y mediaciones entre sujetos sociales. Queda claro que las prácticas profesionales en que habrá de desembocar la formación, han de integrar habilidades de producción con posturas intelectuales y orientaciones éticas. Queda claro que la incidencia sobre la satisfacción, la postergación o el agravamiento de las necesidades sociales impone una responsabilidad política a los profesionales y a las instituciones que los agrupan y en las que se forman.

Lo que no ha quedado tan claro es cómo operativizar los procesos educativos que metodológica y congruentemente apoyen la capacitación de los sujetos en formación y faciliten el compromiso con objetivos sociales válidos. El diálogo entre los profesionales y los universitarios —profesores, investigadores, directivos y estudiantes— parece ser una precondición importante. El trabajo sobre la clarificación de las determinaciones y sobre la renovación y reorientación de las prácticas, es la urgente tarea que han de enfrentar las escuelas de comunicación que quieran responder adecuadamente a los retos que les plantea la innovación tecnológica de los sistemas comunicacionales latinoamericanos.

En este sentido, conviene retomar las conclusiones que con respecto a los postgrados, surgieron de la reunión de Lima antes citada:

> Los postgrados en comunicación deben tomar como punto de referencia para la definición de sus áreas de especialización las problemáticas vigentes en la sociedad latinoamericana. Esta formulación permitiría pensar en una multiplicidad de áreas se reflexión, como por ejemplo del adiestramiento metodológico en el diseño y planeación de políticas de comunicación, las implicaciones de las nuevas tecnologías, el área de la comunicación popular, etc. (. . .)
>
> Los cursos de postgrado deben manifestar una vocación por la búsqueda de la especificidad de la comunicación, reconociendo para ello su identidad latinoamericana. . . Lo anterior requeriría la estimulación de la producción de nuevos conocimientos, que reviertan más adelante en los cursos de pregrado. Para ésto, el papel de la investigación en los postgrados debe estar orientado hacia el desarrollo y consolidación de la teoría. . .
>
> En este orden de ideas, el objetivo de los cursos de postgrado será el de formar profesionales de la investigación capaces de generar una producción teórico-crítica comprometida: profesionales especializados que puedan desempeñarse como docentes-investigadores-productores[10].

La incorporación de comunicadores profesionales como estudiantes de postgrados orientados sobre principios como éstos para vincular y resignificar sus prácticas, y el reconocimiento de las labores académicas como un ejercicio profesional pleno, pueden cerrar circuitos que hagan fluir más eficientemente los elementos integradores y renovadores de las prácticas educativas en las escuelas latino-

americanas de comunicación. Porque es indudable que "la reflexión sobre los procesos formativos no puede partir de cero ni se puede hacer desde afuera; la mirada se debe proyectar sobre la totalidad del proceso"[11]. Es de esperarse que sigamos buscando juntos y compartiendo nuestras experiencias, reflexiones y prácticas, en un ejercicio continuo de comunicación, de manera que nuestro trabajo pueda contribuir a la reducción y superación de las brechas sociales en nuestras naciones●

NOTAS

1. FUENTES NAVARRO, Raúl. "Escuelas de comunicación y brechas tecnológicas en México", *Tecnología y Comunicación*. México, CONEICC/UAM-X, 1986, pp. 61-75.
2. LUNA CORTES, Carlos. "Algunas consideraciones en torno a los trabajos presentados", *Tecnología y Comunicación*. México, CONEICC/UAM-X, 1986, p. 83.
3. FELAFACS. *La formación universitaria de comunicadores sociales en América Latina*. Guadalajara, México, 1983.
   FELAFACS. *La formación profesional de comunicadores sociales en América Latina. Pregrados y postgrados 1984/85*. Bogotá, Colombia, 1985.
4. MARTIN BARBERO, Jesús. "Sentido de una reforma curricular." *Chasqui* No. 13. Quito, Ecuador, enero-marzo 1985, p. 59.
5. CASSIRER, Ernst. *Las ciencias de la cultura*. México, Fondo de Cultura Económica, 1951, p. 163.
6. SCHMUCLER, Héctor. "Un proyecto de comunicación/cultura." *Comunicación y Cultura* No. 12. México, UAM-X, agosto 1984, pp. 3-8.
7. GODOY, Angela María y HERRAN, Claudia Lucía "Algunas reflexiones en torno a la formación profesional de comunicadores sociales en América Latina." Bogotá, Colombia, FELAFACS, febrero 1986, pp. 2-5.
8. FELAFACS (1985), op. cit., p. 212.
   FUENTES NAVARRO, Raúl. "Prácticas profesionales de la comunicación. Caracterización y perspectivas de desarrollo ante la crisis". *Comunicación, crisis nacional y regional*. CONEICC/U. de Colima, 1987.
9. MATTELART, Armand. "Technology, culture and communication: research and policy priorities in France." *Ferment in the Field, Journal of Communication* Vol. 33 Núm. 3, summer. Annenberg, Pennsylvania, 1983, p. 67.
10. GODY, op. cit., p. 6.
11. Ibidem, p. 7